

Capítulo 42 - Ceremonia del té

Capítulo anterior

Llegó el día siguiente,

El resplandor ambiental del palacio del placer se atenuó cuando me retiré de ambas mujeres, apartando mi boca y mi palpitante polla de Mei Ling y mis ojos de Lin Yue, que fue más como una espectadora toda la noche.

Mei Ling se desplomó sobre las sábanas de seda, sus pechos subían y bajaban, marcados con marcas de dientes, moretones y semen seco, su rostro enrojecido y brillante con una mezcla de lágrimas y excitación.

Lin Yue rodó de lado, con la piel bronceada brillando de sudor; solo mirarnos la hacía sudar. Eso solo revela la intensidad con la que me acosté con Mei Ling. Sus ojos verdes aún penetraban a pesar de la neblina de lujuria, pues parecía tener un control descomunal incluso después de ver la brutal follada que le di toda la noche.

Nunca vi a Lin Yue masturbándose, solo observé como si estuviera tratando de aprender qué posiciones me excitan más: una verdadera esposa para ti.



Pero ahora era el momento de visitar la ceremonia del té.

Después de una hora de recuperación (dado que mi semilla, por herencia, es más vitalizante que agotadora), Mei Ling estaba una vez más tan fresca sin agotamiento, y yo ya estaba ardiendo de vitalidad mientras el sistema se vertía en mí toda la noche mientras yo vertía mi semen dentro de Mei: ayuda mutua.

Todos llegamos fuera del recinto.

El Pabellón de Jade era exactamente lo que se esperaría de una secta que valoraba las apariencias: una arquitectura elegante situada sobre un lago artificial, conectada por puentes que probablemente costaban más piedras espirituales que las que la mayoría de los reinos vieron en una década.

En el interior, mesas bajas dispuestas en una cuidadosa jerarquía albergaban a unos treinta discípulos; sus posiciones de asiento contaban una historia de rango, favor e influencia que haría llorar de alegría a un genealogista de la corte.

"Menuda concurrencia", murmuró Lin Yue a mi lado, con sus ojos de arquera ya catalogando salidas y posibles amenazas. Había elegido una sencilla túnica marrón que no ocultaba en absoluto su complexión de guerrera.





Mei Ling se mantuvo cerca de mi otro lado, sus instintos de sirvienta la hacían casi invisible a pesar de su aura de Formación del Núcleo.

La falda tubo y el modesto top que había elegido lograban el equilibrio perfecto entre respetabilidad y encanto sutil, exactamente lo que esperaba de alguien que había pasado quince años navegando por la política palaciega.

"Recuerden", dije en voz baja mientras nos acercábamos a la zona designada para invitados, "estamos reformados, agradecidos y completamente inofensivos. Que nos subestimen".

La disposición de los asientos fue una clase magistral de insulto calculado.



Nuestra mesa estaba al borde del pabellón, separada del grupo principal por una mampara decorativa que bien podría haber sido el muro de una prisión. Lo suficientemente cerca para observar, lo suficientemente lejos para recordarnos nuestro lugar.

Zhang Mei presidió la corte en la mesa central, sus túnicas adornadas con adornos plateados reflejaban la luz de la mañana mientras gesticulaba con practicada elegancia.

Los discípulos que la rodeaban se reían en el momento preciso, con la atención concentrada con la intensidad de los cortesanos que buscan favores.

Pero fueron las otras mesas las que contaron la verdadera historia.

Jian Wei estaba sentado con su grupo habitual de aduladores, con miradas hostiles que no pretendían ser sutiles. Uno de ellos, un discípulo de rostro delgado y manos nerviosas, jugueteaba constantemente con un pequeño frasco parcialmente oculto en su manga.

—Vaya, vaya —dijo una voz nasal a nuestras espaldas—. Miren lo que trajo la niebla de la mañana.

Me giré y encontré a un discípulo corpulento con los rasgos suaves de alguien que nunca había enfrentado dificultades reales. Su túnica lo identificaba como miembro de una secta externa, pero los costosos accesorios de jade sugerían riqueza familiar o conexiones políticas.



"Soy Zhou Fatty", anunció con pomposa gravedad, como si el nombre significara algo. "Discípulo Externo Superior de la División Administrativa. He oído... historias... interesantes... sobre su grupo".

"¿Ya lo has hecho?", respondí con suavidad, aceptando una taza de té de un discípulo que me servía. El líquido era fragante y de buena calidad, pero aún no me animé a beber. "Espero que hayan sido entretenidos".



La risa de Zhou Fatty fue como el aceite sobre el agua: resbaladiza y de alguna manera impura. "Oh, muy entretenido. Un emperador muerto resucita de su tumba, proclamando transformaciones milagrosas. Viajando con una sirvienta y un... ¿qué era...? Ah, sí, un 'bandido reformado'. Las historias se escriben solas, ¿no?"

Más discípulos habían comenzado a reunirse, atraídos por la promesa de entretenimiento a expensas de los extranjeros.

Reconocí la dinámica inmediatamente: política judicial en miniatura, donde destruir la reputación de alguien era al mismo tiempo deporte y supervivencia.

"Los emperadores muertos son cosa de la última dinastía", dijo otra voz, aguda y femenina. Una joven con elaborados adornos en el cabello se adelantó; sus ropas la identificaban como miembro de la secta a pesar de su aparente juventud. "Aunque supongo que la resurrección está de moda entre los desesperados hoy en día".



—El discípulo interno Zhao Ling —añadió Zhou Fatty con amabilidad— se especializa en... investigación histórica. En particular, en lo que respecta a las dinastías caídas y sus sucesores.

La sonrisa de Zhao Ling era gélida. "En efecto. Hemos visto tantos 'herederos perdidos' y 'gobernantes legítimos' a lo largo de los años. Todos tienen historias muy similares: poderes misteriosos, compañeros leales, trágicas caídas en desgracia. Es casi como si leyeran el mismo guion."

La multitud reunida rió entre dientes con admiración. Era claramente una rutina practicada, el equivalente verbal a rodear a los lobos para comprobar su debilidad.

Bebí mi té pensativamente, dejando que el silencio se prolongara lo suficiente como para sugerir incomodidad sin parecer débil. El líquido era excelente: sabores sutiles combinados con auténtica energía espiritual que potenciaría la cultivación si se consumía con regularidad.

—Sabes —dije finalmente, con la voz apenas alcanzada para que llegara a todos los presentes—, tienes toda la razón. Las historias son sorprendentemente parecidas. —Dejé mi taza con cuidado—. Por ejemplo, la tuya, discípula interna Zhao. Una joven cultivadora ambiciosa de familia de comerciantes, usa el dinero de su padre para comprar su entrada a la secta, se especializa en «investigación» porque el combate real le arruinaría la manicura. Es una historia muy común.



La temperatura en el pabellón pareció bajar varios grados. El rostro de Zhao Ling se puso rígido; sus cosméticos cuidadosamente aplicados no lograron ocultar el rubor que le subía por el cuello.

"¿Cómo te atreves—"

—Oh, ¿me equivoqué? —interrumpí con fingida preocupación—. Mis disculpas. Quizás te ganaste tu puesto solo por méritos propios.

Aunque veo que tu cultivo parece bastante... limitado... para alguien con tus supuestos talentos.

Fue un insulto calculado, que ponía en duda tanto su integridad como sus habilidades frente a sus compañeros. En la sociedad de las sectas, la reputación lo era todo, y yo acababa de desafiar la suya directamente.

Zhou Fatty dio un paso al frente, resoplando como un sapo ofendido. «Te olvidas de ti mismo, 'Emperador'. Eres un invitado aquí, que depende de la caridad de la secta. Quizás deberías mostrar más gratitud y menos arrogancia».

"¿Gratitud?" Sonreí, con una expresión tan fría que congelaba el fuego. "Oh, estoy enormemente agradecido. ¿Dónde más podría encontrar un ejemplo tan perfecto de todo lo malo de la sociedad moderna de cultivación? Jóvenes "discípulos" más preocupados por la política que por el progreso, escondiéndose tras títulos que no se han ganado mientras se burlan de sus superiores."

La multitud se agitó, la ira se extendió por la concurrencia como agua revuelta. Varias manos se acercaron a las armas, aunque ninguna se atrevió a desenvainar el acero en el espacio sagrado del pabellón.

Fue entonces cuando finalmente intervino Zhang Mei.



—Vamos, vamos —dijo, y su voz se oyó con naturalidad por todo el pabellón al levantarse de su mesa central—. Seguramente podemos ser más acogedores con nuestros distinguidos invitados. —Su sonrisa era perfectamente calibrada: lo suficientemente cálida para parecer genuina, lo suficientemente fría para mantener su autoridad—. El anciano Feng solicitó específicamente que se les tratara con cortesía.

La mención del nombre de Feng tuvo un efecto inmediato.

